



Por nuestros pecados

¡Cristo! y ¡Cristo Crucificado!
¡Qué abominable debe ser el pecado a los ojos de Dios!
El Cristo en cruz nos lo dice.
¿Quién era Cristo? el Hijo de Dios hecho hombre.
Eterno como el Padre.
Inmenso como el Padre.
Omnipotente como el Padre.
Dios como el Padre.
Pero Dios hecho hombre, *hecho carne*, como nos dice San Juan.
Carne para cargar con nuestros pecados.
Carne para expiar por ellos.
Carne para alimentar nuestras almas.
Pero una carne santísima, immaculada, sin pecado.

Pero a la vez una carne que había cargado con los pecados nuestros.
Con ellos se cubrió.
Aún hizo más, se los apropió como si fueran suyos.
Y en esta forma se presentó ante el Padre.
¿No era precisa una víctima sobre la cual hiciera justicia la Justicia del Padre ofendido por los hombres?
Allí estaba El.
Y el Padre le miró.
Y podíamos decir que no le conoció: la máscara de pecado que le envolvía hizo que no le conociera.
Y el Padre lanzó contra El todo el poder de las tinieblas.
Traición, golpes, salivazos, azotes, oprobios, ignominias, cruz.
¡Qué tres días de Pasión!
Y ni una voz se dejó oír en su defensa.

Y ni un brazo se levantó en su ayuda.
Ni sus discípulos, que atemorizados se habían escondido.
Ni los ciegos a quienes había devuelto la vista.
Ni los tullidos, ni los paralíticos a quienes había curado.
Ni siquiera los muertos a quienes había resucitado.
El miedo y el escándalo se había apoderado de todos ellos y dejaban hacer a las turbas su obra de maldición.

El infierno se desbordó sobre la tierra y cayó sobre el Cristo.
Cuando llegó al Gólgota parecía un guiñapo.
No había en El parte sana y la sangre coagulada le cubría de pies a cabeza.
Y cuando ya estaba clavado en la cruz, aún pasaba la multitud por delante de El y le increpaba.
Y el Padre se hacía el ciego y el sordo.

¡Pobre Cristo!
Del Huerto de los Olivos hasta el Gólgota no había salido de sus labios ni una queja.

Pero ya en la Cruz, próximo a morir, se vuelve al Padre y le dice: Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has desamparado?

Los peñascos del monte han oído aquella voz y empiezan a desquebrarse de pena.

El eco de aquella voz de inmensa amargura ha corrido los espacios, y el sol empieza a obscurecerse de pura aflicción.

Ha resonado en las entrañas del monte, y los muertos se conmueven en el fondo de sus sepulcros y salen fuera como despavoridos.

Sólo el Padre no ha querido oír, ni ver, ni moverse a piedad.

Es que en el Calvario no ve más que al Cristo, cubierto con todos los pecados de los hombres.

Es decir, no, no ve al Cristo, no ve más que los pecados que le cubren y que se ha apropiado.

¿Cómo, si viera al Cristo, a su Hijo, le hubiera abandonado al poder de las tinieblas?

Y el Cristo, burlado de todos, abandonado hasta de su Padre, *expiró*.

La justicia del Padre estaba satisfecha.

Consumada la redención del hombre.

Salvado el hombre.

¡El pecado! ¡El pecado! He ahí su obra destructora.

He ahí la señal de su abominación a los ojos de Dios.

Maldito sea y eternamente maldito.

M. DE SANTA CATALINA.

PAX VOBIS

Año XXVIII

Zaragoza, 2 Abril 1926

Núm. 647

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo camino del Sábado).



TRIBUNAL BARATO

—*Señor Mago.*

—¿Qué te ocurre, Macario?

—Siempre me llama *usté*, pero hoy le llamo yo, que no *hi* podido dormir en *to* la noche. Y *hi* dicho: voy a ver si el *señor* Mago, como estamos en Cuaresma, me *pedrica* un rato y *puó* coger el sueño.

—No he acabado de entender, Macario.

—Pues me *paice* que no hablo en francés. Digo que m' ha *pasao* muchas veces ya, estar *desbelao*, sin haber dormido en *to* la noche, y venir aquí, coger V. la palabra y, con ese troteco que lleva V. cuando *pedrica* a su gusto, entrame una *soñera* que *dimpués*, en *tol* santo día, soy hombre. Lo tengo bien *prebao*, no haber dormido en *to* la noche, estar *despejao* como cielo raso, venir aquí, echar V. a hablar y yo a roncar es una *mesma* cosa. De modo que al tío Francisquico se l' *hi* dicho, que está malo y por las noches no *pué* pegar un ojo y los *medicos* venga a dale *meicinas* *pa* que duerma y como si no. Conque l' *hi* dicho: Venga V. un día a mi casa, cuando me *pedrique* el *señor* Mago y *pué* que coja V. un sueño que, *dimpués*, *pa* *despertalo*, *nus* veamos todos *apuraos*.

—Con eso quieres decirme que mi predicción da sueño.

—Con eso, *señor*, yo no *quió* decir más que la pura *verdá*, lo tengo bien *esperimentao*.

—Por eso no te enteras de lo que digo.

—Ni falta que *mi* hace, *señor*, que si habíamos de hacer caso a los *pedricadores*... Yo sí, yo sí que le echaría a *usté* un sermón que, si no l' hacía a V. llorar, no sería porque no *hubié* motivo.

—¿Qué sermón me echarias pues?

—Mire, no m' haga V. hablar, porque si no, *pué* que el sermón mío se convierta en el sermón de la *gofetada*.

—¿Cómo! ¿Tú pegarme una bofetada?

—No, *usté* a mí; porque, a las veces, se incomoda, pierde la cabeza, no sabe lo que dice y *pa* desahogarse, *pué* que *esbanzara* por ahí y lo pagara un servidor.

—Bueno, pero sepamos, ¿qué sermón me predicarías tú?

—Pues mire, un sermón *pa* pasar cuentas, que las cuentas claras y el chocolate bien espeso. Porque *usté*

estuvo a punto de morise, pero esta es la fecha que no s' ha muerto, ni cuenta que lleva. Pues el testamento es otra tecla, ni lo ha hecho, ni lo hará, como nuestro *señor* no le mande otro arrechucho como el *pasao*; que, si llegara ese caso, yo me encargo de que, al *mesmo* tiempo que el cura, esté aquí el notario, que ya m' *hi enterao* cómo se hacen esas cosas *pa* bien de la *Humanidá*. Pero si eso no llega, mientras llega, si a V. le *paice*, podíamos pasar cuentas, partinos lo que hay en casa y saber uno con qué *pué* contar el día de mañana que V. sucumba, que *tié* que llegar, que ya m' *hi enterao* y sé que V. hará ya pocas Cuaresmas.

—¿Y qué quieres que partamos?

—Eso, V. sabe lo que tiene, y si V. me negara lo que hay, que ya m' *hi enterao* que podía llegar ese caso, aunque no fuera más que partir el Eco, que es tanto de V. como mío, la *metá* *pa* ca uno, que entre los dos lo escribimos y justo es que yo me goce de lo que se saque.

—El Eco, Macario, es mío, y sólo mío.

—Ahí le esperaba yo a *usté*; ya pensaba que me *negaría* *usté* mi parte, pero tengo testigos que, si es preciso, declararán que El Eco es tan mío como de su *mercé*. Y si no está V. conforme, estoy *dimpuesto* a ir a una votación y, en ese terreno, la partida es mía. Porque, en los pueblos, no crea V. que yo no tengo mi partido, que a El Eco no lo conoce más que el cura; los demás no conocen ni *quién* conocer, más que al Macario. Ya sé que a V. esto no le sabe *güeno*; pero, hijo mío, suerte que *tié* uno. Conque, ya lo sabe *usté*, aunque le sepa a cuerno *quemao*. El Eco es de los dos, más mío que de su *mercé*, y, si no está V. conforme, como yo tampoco me conformo, iremos a una votación que la ganaré yo.

Y entonces vendrán los lamentos y quejidos de *usté* que dirá: ¿por qué no me moriría, cuando estuve tan malico? Pues, hijo mío, *habelo pensao* a tiempo, que ocasión como aquella ya no la encontrará tan pronto. Total, ya estaba V. más allá que aquí, un pasico más y... a la *eternidá*, tan campante. *Usté*, bien arreglado, con un *güen* escribano, de esos que arreglan bien las cosas, y *nus otros arreglaos*, sin pensar más que en comer y en beber y en encomendarse a V. a nuestro *Señor*, *pa* que lo sacara pronto del Purgatorio y...

toos contentos. Mientras que así, no sabemos lo que será de su *mercé*; el mejor día, como está V. tan *averiao*, lo coge un tranvía, u se cae del tren, u se lo lleva el Ebro, que *too* podía ser y, como no podrá arreglar sus cosas, *usté*, perfectamente, lo enterramos y en paz; pero yo, ¿cómo me quedo yo?, que soy tan *anfelis* que hasta El Eco m' han de quitar de las manos *pa* que lo escriba *Perico el de los palotes*, sin saber; porque El Eco tal cual lo escribimos *nusotros*, a dúo, ¡*guau!* aún tardará, que l' *himos* ya cogió la embocadura y, por más que s' estire M. de Santa Catalina, ora pro nobis, y gracias.

—Pero, Dios mío, Dios mío, Dios mío, ¿cómo te consiento yo hablar tanto? Sigue, sigue, estoy dispuesto a aguantar hasta que te canses y digas, basta. Pero ¡qué insolente y atrevida es la ignorancia! ¡Que gastemos un tiempo tan precioso, como es el tiempo de Cuaresma, en estas tontearías!

—¿Ve *usté*? Ya me pensaba yo que en el momento que yo dejara de hablar, me metería V. en la Santa Cuaresma, que tiene de santa lo que yo de *menistro*.

—¡Ministro! Pero ¿no te da vergüenza decir *menistro*? ¿Qué es *menistro*?

—*Menistro*, no crea V. que me se traba la lengua, no; *menistro*, por ejemplo, son Sagasta, Canovas del Castillo, Maura, Romanones, etc., etc.

—Esos no son, fueron; todos se han muerto, menos Romanones.

—No m' *hi enterao*; pero ¿todos, todos s' han muerto?

—Sí, casi todos, menos Romanones. Digo, hijo mío, que en este santo tiempo de Cuaresma...

—Oiga, oiga, *tamién* podíamos rezales un *Padre nuestro*, menos a Romanones, que aunque no *tié* padre, tampoco lo *nesecita*, si no es por la *miaja* e coiera.

—Digo que, en este santo tiempo de Cuaresma, debíamos recogernos en nuestro interior y meditar un poco...

—¡Dios mío! Ahura le da por meditar, pues *güeno* estoy yo *pa* meditaciones.

—Hombre, calla, si quieres, que es un asunto que nos interesa a todos mucho. ¿Tú deseas ser feliz?

—Vaya una pregunta; ¡cuando digo yo que está V. *mochales*!

—Contéstame. ¿Deseas ser feliz o no?

—Sí, padre.

—Sí, señor, se dice, que no estás en el confesionario.

—Sí, *señor*, no estoy en el *confesionario*, pero ya me llevará *usté*, ya.

—Y ¿qué me contestarán todos los hombres, si les hago la misma pregunta que a ti?

—No sé, algunos *pué* que le contesten que se vaya *usté* a paseo.

—Hombre, fijate bien, si les pregunto si quieren ser felices, ¿qué dirán?

—Que sí, padre.

—Que sí, señor.

—Es lo *mesmo*.

—Pues bien, resulta que todos desearán ser felices, ¿no es eso?

—Eso es.

—Está bien, luego les dirán: pues ueno, la felicidad hay que buscarla donde está, porque donde no está no se puede encontrar.

—Oiga usted, y ¿ha discurrido mucho pa saber eso? ¿De tanto discutir eso se l'ha caído el pelo de la cabeza? Estaría *gieno*, que encontraríamos las cosas *ande* no están.

—Corriente, ahora yo sentaría esta afirmación ante todo el mundo, sin temor a ser desmentido: Jesucristo es la única fuente de felicidad que hay en la tierra.

—Pues ¿ni tampoco *conozgo* yo fuentes a más de esa que V. dice: la fuente el Bú, la fuente el Cerrito, la fuente los Berros, la fuente la Cañada...!

—No, hombre, no; esas son fuentes de agua. Yo he dicho fuente de felicidad verdadera. Y he dicho y repito, y repetiré una y mil veces, que no hay más que una sola fuente en el mundo de felicidad, que es Nuestro Señor Jesucristo.

—Pues *miusté*, *ahura* me desayuno yo; no sabía que nuestro *Siñor* Jesucristo fuera una triste fuente; yo pensaba...

—No seas tan material, hombre; digo que Nuestro Señor Jesucristo es una fuente, porque de El brota el consuelo, la alegría y la felicidad, como brota el agua de la fuente. Y desafío a todo el mundo, a todos los pueblos y a todas las gentes a que me presenten una persona, una sola que sea feliz, aun con una paz puramente relativa y que no reciba esa felicidad de Jesucristo. Todo, todo lo que es paz y bienestar viene de Jesucristo, absolutamente todo, aun el bien de los paganos. Porque has de saber, Macario, que ha habido algunos paganos...

—Pocos, paganos pocos; aquí nadie quiere pagar.

—No digo eso, digo que todo el bien que, como fuentecitas de agua clara, vemos correr por el mundo, aun entre paganos y herejes, todo viene de Jesucristo.

—Usted dice eso, pero yo digo que eso de paganos, en estas tierras, habrá visto bien pocos; cobradores, sí, pero paganos, de esos que pagan sin *llevalés* el recibo, ¡ay, qué frío hace!

—Se llama pagano al que no cree en Jesucristo, sobre todo a los que vivieron antes de venir el Hijo de Dios al mundo. Pues digo que todo el bien que había, aun entre los paganos, herejes, moros y judíos, todo procede del Hijo de Dios. En Jesucristo, hijo mío, hay dos cosas: la naturaleza humana y la divina, pero no hay más que una persona, que es divina; pues la Humanidad, toda ella, ha sido elevada a la persona del Verbo. Por eso yo me alegro tanto al sólo pensar que una hermana mía, es decir, una naturaleza como la mía, haya sido elevada a tan alta dignidad, a tan divinos desposorios. De donde resulta que, en Jesucristo, había un hombre que era Dios. Pero, al estudiar a Jesucristo, no debemos detenernos en su Humanidad, pues la Humanidad es, como dicen los santos padres, como un puente y en el puente nadie se detiene, porque el puente es para pasar al otro lado. La Humanidad de Jesucristo es el puente para que pasemos a la Divinidad que es el Verbo eterno. Yo diría, como dice San Pablo, que la Humanidad en Jesús es como la leche que se da a los niños, hasta que crecen y se les da otros alimentos. Y aunque algunos predicán que San Pablo no

quería saber más que a Jesucristo y a éste crucificado, hay que tener presente que esto lo decía con cierto disgusto, pues añadía que sólo había querido predicar entre ellos a Jesucristo crucificado, porque eran pávulos y no eran capaces de soportar otros alimentos más sustanciosos. San Cirilo de Alejandría llama a la Humanidad el alfabeto, como si dijéramos el principio de la ciencia cristiana, pero nadie se detiene en el alfabeto, sino que pasa adelante, a la verdadera sabiduría. Aun diría mucho más de esto que han dicho los Santos Padres, pero no hay tiempo. El mismo Jesús había dicho a los Apóstoles: *Si Yo no me voy, el Paracrito, el Espíritu Santo no vendrá*. Y es que los Apóstoles sentían por Jesús un amor sensual, propio del sentido, de lo que veían en Jesús, sus palabras, su forma, su amabilidad. Y Jesús quería que prescindiesen de eso, para elevarles a la Divinidad, al Verbo eterno que está por todo el Universo y no cabe en los estrechos conceptos de lo carnal. Pues bien, esa Divinidad, de la cual la Humanidad de Jesús es como un vestido, como su oráculo, está y no cabe en el Universo, y más que decir que la Divinidad, o el Verbo eterno está en todas las cosas, debiéramos decir que todas las cosas están en El, en el Verbo de Dios. El Cual, antes de encarnarse, ya estaba en todos los seres creados y en la inteligencia de todos los hombres. Y por eso dice San Juan que el Verbo de Dios era la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, sea cristiano, o no lo sea. Claro está que el que no es cristiano vive bajo la cerrazón de las nubes acumuladas por el pecado original y demás; pero, así como en días nublados nunca la nube es tan densa que no deje pasar algún rayo de luz, así en los paganos, a pesar de serlo, alguna luz había en sus cabezas; pues bien, esa luz, como toda otra luz, como todo cuanto existe, viene del Verbo. Y no hay ningún bien, grande o pequeño, que de El no venga, pues todo cuanto existe, si no está maleado, es bueno, y todo lo bueno por El ha sido creado. Y por eso se comprende que todo lo bueno que vemos, aun entre los paganos e infieles, viene de El, que unido a la Humanidad forma una Persona, la Sagrada Persona de nuestro Señor Jesucristo. Y si tú, o cualquier otro se detiene tan sólo en la Humanidad de Jesucristo, te diré con San Cirilo: "Oye al Apóstol indignarse contra aquellos que consideraba como pávulos en la fe y a los que no pudo dar más que la leche que se da a los niños". Vergüenza es, hijo mío, para muchos cristianos que son peores que muchos paganos, herejes y aun judíos, que no tuvieron la dicha de tener entre ellos al Verbo encarnado y, sin embargo, a pesar de la escasa luz que recibieron de ese mismo Verbo a través de las brumas del pecado, fueron mucho mejores y podrían servirles de modelo. Jesucristo, con una ironía finísima hacía notar este mal. En la parábola del Samaritano, en los leprosos curados y en otros muchos puntos se ve a los extraños, a los gentiles, etc., obrar bien, y Jesús lo nota, para vergüenza de los judíos, diciendo: *Y éste era alienígena, es decir, de fuera de casa, extranjero*. Y es que esos cristianos

que van detrás de los paganos, herejes y judíos tienen, a veces, muchas cosas; pero les falta una, la principal: no tienen corazón; y cuando falta el corazón, se comprende todo, todo, hasta las ingratitudes más abominables, hasta esas ingratitudes que son fronteras al crimen. Esos cristianos no tienen derecho a escandalizarse de que los judíos mataran a nuestro Señor Jesucristo. Los judíos lo mataron sin saber lo que hacían; ellos contemplan la muerte de Jesús y se encogen de hombros, sabiendo que Jesús es su Padre y dador de todo bien. Te lo digo con toda formalidad, no sé qué figura me es más repugnante. Lo único que me ocurre es pensar que ese cristiano no tiene corazón, o si lo tiene, debe ser un corazón de tigre, o de hiena. Porque si no conociera a Jesucristo, como los paganos, podría tener disculpa en su misma ignorancia; pero conociendo a Jesucristo, como lo conoce, o debe conocerle, conociéndole como Padre, al cual todos los días invoca: *Padre nuestro que estás en los cielos...* es necesario tener un corazón muy duro para no amar a su Salvador y libertador del pecado; para no conmoverse ante el gran misterio de su Pasión y de su muerte. Pasar por delante de Jesús, sobre todo en estos días de su gloriosa Pasión y pasar con mirada indiferente y encogidos los hombros, como si nada le interesara todo eso, es sólo propio de judíos, cuya figura repugnante se ha hecho odiosa a todos los pueblos. No, Jesús mío, no, no hagas caso de esos miserables; ni te conocen, ni son capaces de conocerte. Para conocer un Dios tan grande se necesita una elevación que ellos no son capaces de tener y, cuando les veo no me ocurre otra cosa que decir: ¡Qué lástima de Dios para estas gentes! Ya dijo San Cirilo de Alejandría...

—Hombre, deje usted a San Cirilo, que ya l'ha nombrado usted tres veces; *pué* que ya se muriera y no lo deja usted descansar ni aun en el sepulcro. *Pué* que fuera ese Cirilo como el del tío Román el Bastero, que fué a robar higos y, por goloso, le pegaron un tiro y lo dejaron allí, seco, y *aemás* le formaron causa y lo condenaron a presidio *pa toa* su vida. Pero como l'habían matao, el cura y el sacristán tuvieron que estar esperando a que lo sacaran de la cárcel, sin *podele* enterrar ni *echale* el *aspergen* ni el *requiem eternam*; así me l'han *contao*. Pero aquel no era de Alejandría, sino que era de Casetas, de Ricla, de Calatrao u por ahí.

—Mira, no quiero incomodarme; quiero llevar con paciencia tus majaderías para que el Señor, por su santa Pasión, tenga piedad de mí.

—Que bien lo *nesecita*.

—Otros lo necesitan más, Macario.

—Sí, *siñor*, y otros menos que su *mercé*, de todo hay.

—¿Has visitado las estaciones?

—Sí, *siñor*, *hi visitao to* los *Memumentos* de Zaragoza.

—Y ¿qué has sacado en limpio?

—En limpio no *hi sacao* más que un *ruma* que me dobla.

—Tendamos un velo.

—Sí, *siñor*, y si les lo *mesmo*, tendamos una estera.

—¡Oh...!

El Mago.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

El inicuo proceso de Jesucristo

Para conocer en toda su extensión la iniquidad cometida en este proceso, hay que leer la legislación penal de los judíos. Sólo así puede formarse exacta idea del salvaje atropello cometido en la persona de Jesucristo; de la violación absoluta de todas las leyes y formas jurídicas vigentes en Israel cuando fué condenado a pena capital el Hijo de Dios.

Leído el proceso, comenzaba la declaración de los testigos. He aquí la exhortación que a cada uno de ellos dirigía el presidente del Tribunal:

"No se te exige que digas lo que sepas por sospechas ni por rumor público; medita que va a pesar sobre ti una responsabilidad muy grave; que el asunto de que se trata no versa sobre intereses en que es posible reparar el daño; que si por tu testimonio se condenara injustamente al acusado, su sangre, y aun la de toda su posteridad, de la que privarías al mundo, recaería sobre ti; que te pediría cuenta Dios, como se la pidió a Caín por la sangre de Abel. ¡Habla!"

Jamás se decretaba una condena por la declaración sola de un individuo contra sí mismo, ni de un profeta por famoso que fuese.

"Nadie obrar en perjuicio de sí mismo, decían los doctores. Si alguno se acusa ante la justicia, no se le debe creer, a no ser que esté comprobado el hecho por otros dos testigos; pues jamás condena nuestra ley por la simple confesión del acusado ni por el dicho de un solo profeta..."

Examinadas las pruebas, los jueces que juzgaban inocente al acusado, exponían sus motivos, y después hablaban los que le creían culpable.

Uno de los auditores, encargado, ya directamente o de oficio, de la defensa, arengaba a los jueces y al pueblo desde un estrado. Si el mismo acusado quería hablar, se le oía con la mayor atención. Terminados los debates, se hacía alejar a los asistentes, y dos escribas transcribían los votos, uno los favorables y el otro los condenatorios. Si la mayoría de votos era favorable, al punto se dejaba en libertad al acusado; pero si era preciso castigarle no se promulgaba la sentencia hasta el tercer día, en cuya mañana, ocupadas de nuevo las sillas del tribunal por los jueces, volvía a votarse.

No se permitía votar condenando a los que habían absuelto en la primera votación; pero, al contrario, podían absolver en esa nueva sesión los que habían condenado la primera vez. Si la mayoría condenaba, dos magistrados acompañaban en el acto al condenado al suplicio.

No bajaban de sus asientos los Ancianos, y a la entrada del tribunal se colocaba un preboste con una banderola en la mano, y otro preboste seguía a caballo al acusado, volviendo continuamente la vista hacia el punto de partida.

Si mientras tanto iba alguno a dar a los Ancianos nuevas pruebas favorables, agitaba la banderola el primer preboste, y observado por el otro, conducía de nuevo al condenado.

Un heraldo iba anunciando en voz alta, mientras pasaba la comitiva, el nombre del condenado, el de los testigos y la causa de la condenación, añadiendo: "¡Si alguno sabe algo en favor del condenado, que lo diga en seguida!"

Así pudo Daniel hacer que retrocediera la comitiva que llevaba a Súsana al suplicio.

Mas si no ocurría ningún incidente de este género, por última vez se apremiaba al condenado a que confesara su crimen, y dándole a beber un narcótico, para que no le impresionara tanto la proximidad del suplicio, se ejecutaba la sentencia".

Con Jesucristo, Nuestro Señor, no se observaron ninguna de estas prescripciones legales, antes bien, posponen toda su legislación a la satisfacción del odio satánico que corroe a sus inicuos jueces, y abusando de su sagrado deber de juzgar, se convierten en viles acusadores, en detentadores de la ley con el especioso pretexto de su rigida observancia, en asesinos, verdugos y deicidas.

Este proceso es el escarnio de la ley, a ciencia cierta, de las cláusulas más rudimentarias del Derecho, el atentado más odioso y más criminal a todas las formalidades de la justicia, el grito belicoso de la perfidia, del dolo, del abuso de autoridad y de poderes contra la inocencia, la virtud y la santidad.

En vano dijo Pilatos que no se mezclaba en el delito más horrendo que han presenciado los siglos; todas las generaciones que se sucedan hasta el fin del mundo, y mientras la eternidad pese sobre los condenados, muriendo siempre y no muriendo jamás, repetirán aquellas palabras del Símbolo Apostólico: "Padeció debajo del poder de Poncio Pilato", repitiendo allá en los abismos como un trueno horrisono y formidable, como el eco de la maldición divina que sin cesar atormentará a aquellos desgraciados, desprovistos del arrepentimiento, sin el cual no es posible el perdón, y en cuya impenitencia permanecerán para siempre. Piensen esto seriamente los jueces terrenos; acuérdense de lo que dice el Profeta-Rey en uno de sus Salmos: "Cum accepero tempus, ego justitias judicabo"; "A su tiempo, juzgaré yo a los que ejercen la justicia".

Por un error involuntario, se dejaron de colocar en la lista de los asistentes al banquete patriótico, correspondiente al número anterior de esta HOJA, los nombres de D. Vicente y D. Manuel Aguado Perdiguer y D. Bernardo Gibaja Aguado. Con esto, queda subsanado.

A Jesús crucificado

En la Cruz estáis por mí,
¡Oh Jesús de Majestad!
Por mis culpas y pecados,
Por mi locura y maldad.

Por mí, Señor, en el huerto
Ya tu sangre derramaste,
Y, no obstante, en mí conservas
La vida que en mí informaste.

¿Quién te prendió, Jesús mío,
Y te llevó hasta el tormento?

Yo fui, mientras me invitabas
A dulce arrepentimiento.

Allá en la casa de Anás
Un insulto te ha afrentado,
Y yo, con tanto ofenderte,
No me encuentro avergonzado.

En la casa de Caifás
A muerte te han sentenciado,
Y yo con mis malos vicios
Tu sentencia he confirmado.

Por mí, soldados impíos,
Te atormentan sin cesar,
Y tú siempre con tu gracia
No me dejas de llamar.

Tres veces negó San Pedro
El haberte conocido;
¿Cuántas veces yo he negado
Tus gracias, que di al olvido!

Con la Cruz a cuestras pasas
Por la calle de Amargura,
Y yo, en cambio, no me acuerdo
De tu amor y tu dulzura.

Ya te han clavado en la Cruz
En medio de dos ladrones,
A fin de que yo me acuerde
De refrenar mis pasiones.

Hiel y vinagre te dan
En comida y en bebida;
¡Oh cuánta hiel te produce
El desorden de mi vida!

A tus enemigos todos
Con dulzura perdonado;
Yo, en cambio, del enemigo,
Si he podido, me he vengado,
Sabiendo que Tú me has dicho:
"Usa bien de la medida;
Pues, según que tú midieres,
Así medirá tu vida".

¡Dulce Jesús de mi vida!
¿Por qué estás abandonado?
Por mis pecados sin cuento
Con que al Cielo yo he injuriado.

No me abandones Tú a mí,
Dueño de mi corazón,
Porque si Tú me abandonas
No obtendré jamás perdón.

Tú mueres porque yo viva
A la vida de la gracia;
Comunicame tu vida...
¿Que no muera en tu desgracia!

Ruega por mí, Madre mía,
Virgen de la Paz Sagrada,
Guía mis pasos, María,
Hasta el fin de mi jornada;
Y cuando llegue aquel día
De entregar el alma a Dios,
Acompáñame hasta el cielo,
Para estar siempre con Vos.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza